

No supe cuánto tiempo llevaba frente a la computadora, si todo el día o sólo un espacio de la noche, pero fue imposible moverme ante la imagen de aquel vídeo. Es decir... Era yo. Atrapada en los más horribles veinte minutos de mi existencia; veinte minutos donde gemía de placer sobre la cama junto a mi exnovio. Fue antes de dormir que mi amiga me sorprendió con el enlace, y desde entonces, el sueño se me quebró en una histeria para casi llorar de rabia. La pregunta no era cómo llegué ahí, sino cuándo. Cuántos ojos ajenos habían visto mi piel o aún fantaseaban con ella. Quiénes del colegio notarían mi rostro extasiado y después se burlarían llamándome puta. Mi memoria retuvo todos estos pensamientos en un instante y otra vez sentí mi corazón en un ruido romperse. Entonces recordé aquel artículo que versaba sobre el alarmante auge de actrices porno en el país. La mayoría eran estudiantes con problemas económicos; aunque había otras con traumas emocionales o ninfomanía. Pero yo era nada de eso. Es decir, estaba enamorada. Sólo quise complacer el capricho de mi exnovio y apagar la lujuria entre los dos. Si hubiese sabido que lo nuestro acabaría pronto (y mal), quizá no hubiera permitido al amor hacer este absurdo. Desde luego me sentí violentada por la traición de mi exnovio; desnuda ante el fraude de una sociedad que pronto me juzgaría una cualquiera. Otra vez a medianoche abrí el enlace al vídeo y ya era popular en el morbo de las personas.

Me acosté sobre la cama para mirar los muros amanecidos y pensé en aquella muchacha del colegio que acabó por suicidarse cuando descubrieron sus fotografías con el profesor de idiomas. Fue un escándalo. Cuántas veces la escuché llorar en el tocador, desesperada por huir lejos del mundo y olvidar el acoso, las llamadas eróticas, las innumerables visitas de extraños que buscaban sexo. Tan solo unos meses después la redujeron a un objeto sexual y nadie buscó amarla la cantidad de veces que era necesario para armar su corazón.

Ya casi amanecía cuando pensé de nuevo en mi exnovio y la tarde del vídeo. Antes hubo una discusión, lo recuerdo bien, sobre celos de un hombre al que conocía poco y me invitó un trago durante la fiesta. Entonces abundaron los insultos hasta caer sin ropa en el metraje, el cual, por supuesto, prometió borrar tan pronto se ajustara los pantalones. Quizá lo olvidó mientras escapaba por la ventana para no ser visto por mis padres o ya lejos cuando se decidió revolcar con la mujer de su hermano. Esa violencia de no importarle a las personas es la que nos mata un poco por dentro.

El despertador anunció las seis y ya debía andar al colegio para no llegar tarde. Yo sólo intentaba asimilar este desorden, ignorarme el tiempo suficiente para no ser descubierta. Y allí estuvimos, mi amiga y yo, con el teléfono cercano para hablar juntas con mi exnovio. Jamás respondió. Si fue por miedo o indiferencia, no lo supe, sólo entendí que pronto vendrían las miradas delatoras en los rumores perniciosos.

Mi amiga dijo que nosotras las mujeres, sin importar lo que hagamos, siempre seremos la burla de los hombres; que estamos condenadas a siglos de represión sólo por tener menos carne allá abajo. Todo esto lo dijo en el corredor mientras yo me escondía detrás de los cuadernos; también dijo que no debía sentirme culpable, que iríamos a la jefatura para demandarlo por difamación. Pero en esta sociedad esos abusos son aplaudidos. Porque una noche antes me perdí en una lista donde miles de mujeres, quizá las del país entero, estaban encerradas, igual que yo, en los minutos más largos de su vida; en la portada de una página erótica o el vínculo de un bloque para adultos. Mujeres que, tal vez, ahora eran señaladas como putas por una sociedad hipócrita. Imaginé todos esos anuncios que invitaban a pensarnos lascivas, siempre en busca de sexo, sin idea del amor, insaciables ante la enfermedad de hombres libidinosos... Al sonar la campana no quise vivir en un mundo como este, donde el romance es una mala broma y todos somos estrellas porno.